

De la inteligencia encrucijada

Adolfo Castañón

I

Si la urna que guarda las cenizas de lo humano es el poema, la obra de arte, y si la crítica literaria es la operación inteligente por virtud de la cual resucita de sus cenizas la maquinaria del sentido, a nadie le extrañará la devoción, la gratitud y la amistad que puede despertar un crítico literario como Gabriel Zaid, que es a su vez un poeta, un creador y por supuesto un maestro de la transmisión y de la restauración del sentido. A través de sus libros *—La máquina de cantar, Leer poesía, Para leer en bicicleta, La poesía en la práctica—*, de sus ensayos *—sobre Ramón López Velarde, Carlos Pellicer, Alfonso Reyes, Octavio Paz, Manuel Ponce—*, de sus antologías clave, Gabriel Zaid ha ido armando con los años un genuino arte de la lectura.

Imagino ese arte como un espacio: la crítica literaria como un gimnasio o un taller donde los cuerpos poéticos leídos se ven llevados a ejercitarse al límite a efecto de descubrir, llevados por la mano entrenadora de Zaid, su mejor forma, su óptima condición, y donde los lectores son tácitamente obligados por el texto a superar su propia marca de comprensión en vistas de estar disponibles para el paso del otro. No se lee impunemente, no se relee sin consecuencias. La salud del sentido que ha buscado restablecer entre los cuerpos escritos de la literatura mexicana lo ha llevado espontáneamente hacia la reformulación de la idea y de la práctica de la literatura, si no es que de la cultura misma. Tal reformulación se da como una vuelta a los orígenes del cómo y del porqué se lee, se escribe, se traduce, se escucha y se contempla. Gracias al crítico literario Gabriel Zaid la musa olvidadiza aprende de nueva cuenta a decir la experiencia del sentido.

II

Gabriel Zaid es el nombre transparente de un escritor asombroso. No se le puede llamar enigmático porque lo suyo es precisamente la claridad, el aire limpio, la lucidez cordial y mental. Es, en primer lugar y siempre, un poeta, un lector de poemas. Su obra lírica condensada y prístina se ha ido depurando en cantidad y calidad inteligentes hasta consolidarse, provisionalmente, en *Reloj de sol*, el libro con el que inicia en 1995 la publicación de sus *Obras* por El Colegio Nacional. Se han publicado hasta la fecha tres volúmenes: el mencionado que reúne la poesía escrita entre 1952 y 1992; el volumen 2 que comprende sus *Ensayos sobre poesía* (1993), y el tomo 3 que abarca sus ensayos sobre *Crítica del mundo cultural* (1999).¹ Salta a la vista del lector que Gabriel Zaid –cabal inteligencia literaria si las hay– ha ido decantando su versos a la luz de un criterio estricto que sólo va admitiendo como “obra” aquellos enunciados impregnados de plenitud incisiva y sonriente: su obra se baraja y disminuye en peso material a medida que gana en importancia esencial. La economía del verbo no es en él superficial creencia sino precisa, apremiante necesidad del que va cincelandos cantos. En el universo de la profusión y de la exuberancia inconsistentes difusos –esa es la palabra– por los medios, la voz metálica que llevan los versos de Zaid entona una lección estricta de libertad intelectual y de alegre, irónica vivacidad inspirada en el reconocimiento, en la convivencia crítica, como demuestra la distancia que va de *Seguimiento y Práctica mortal*, pasando por *Cuestionario*, a *Reloj de sol*.

III

El nombre cristalino de Zaid es el de un escritor asombroso; bajo su firma se reúnen varios agentes –a veces públicos, a veces secretos– del conocimiento. Además del poeta y acaso antes que él se encuentra el lector riguroso y exigente de poesía, el invitado al banquete de la cultura que sabe que lo mejor para mantener el nivel del brindis y el regalo es conocer la carta y el menú, pero, más allá, la sociedad

¹ Quedan pendientes dos volúmenes: el 4, que expondrá *La crítica social*, y el 5, que reunirá las *Antologías poéticas*.

cortesana de la cultura tanto como la sociedad sin nombre de los testigos independientes, el mercado y luego el campo y el mar de donde vienen viandas, frutas y mariscos, en fin, la tierra habitada por sus creaturas.

IV

Nombre transparente de un escritor que suscita más sorpresas que supuestos, el de Gabriel Zaid es el de una compleja personalidad intelectual en quien conviven: 1) el lector inteligente de poesía y ensayo; 2) el poeta; 3) el historiador de la literatura mexicana y española; 4) el espectador activo del mundo cultural y muy en particular del editorial; 5) el administrador crítico capaz de dismantelar las maquinarias de la burocracia económica y política; 6) el crítico agudo de los negocios; 7) el hombre de fe que trabaja a mano limpia en la búsqueda de la verdad a través de esa peculiar variedad de la reforma del entendimiento que son las polémicas; 8) el contemplador solitario y solidario que alimenta y sostiene a los siete agentes anteriores; 9) la sombra amistosa del individuo que se insinúa entre las líneas de un silencio eficaz.

V

La convivencia interactiva de las instancias anteriores ha producido, desde principios de los años cincuenta, cuando Gabriel Zaid empieza a publicar sus poemas y ensayos en las ciudades de México y Monterrey, una obra compleja y rica que es algo más: un espacio abierto al intercambio vivo entre diversas vertientes del saber y la experiencia en la poesía, la crítica literaria, la historia, la historiografía, la reflexión en torno y a partir de lo editorial como modelo y raíz de muchas prácticas culturales en el mundo, sin excluir la crítica de la administración y de la política desde posiciones resueltamente civilistas e individualistas, la crítica de la religión y del saber universitario que lleva a armar movimientos (Nicaragua, Chiapas), en fin: la traducción como práctica pero también como guía de un saber generalizado de lo libresco que se plantea al margen del conocimiento “profesional” y universitario y que se asume como un oficio diagonal y transversal que va cruzando los saberes para depurarlos y finalmente asociarlos. Un detalle revelador: Zaid tiene sus oficinas en las calles de Gutenberg.

VI

Los diversos agentes que cohabitan bajo la piel discursiva de Gabriel Zaid no son como individuos que hablan idiomas distintos. Más bien parecen parientes y contraparentes que se van repartiendo el mundo al conversarlo. Al poeta, al economista, al historiador de la cultura, al administrador interesado en las cuestiones editoriales, al espectador crítico de la política, al editor capaz de ver el mundo del saber todo a través del espejo de una página bien compuesta, parece animarlos un mismo impulso, tienen a lo que parece un aliento similar, y si no *dicen* lo mismo hay algo en su timbre y entonación que los delata como hijos de una misma familia, retoños del árbol múltiple y uno que se llama Gabriel Zaid, que se llama sentido común, que se llama cultura cristiana moderna y contemporánea.

VII

Pero Zaid hace años que escribe, hace décadas que lee y que es leído, hace años que, como poeta o como crítico de la idea de pobreza (tanto material como –ojo– intelectual), como historiador de la cultura o como abogado de la sencillez y la llaneza, ejerce su influencia en público pero siempre a través de los canales estrictos de la letra y del pensamiento. Ese ascendiente público ha sido eficaz en los diversos terrenos en que se oficia. Y, en la medida en que Gabriel Zaid puede ser considerado un agente del sentido común soterrado, de la convivencia (clandestina) de los saberes, en esa medida sacrificial, al recordar que está cumpliendo siete décadas, se impone la necesidad de hacer un corte conceptual. Sólo de esa manera podría darse cuenta el lector por venir de la cabal significación y sentido que ha entrañado su obra para la cultura mexicana e hispanoamericana, distinguir a Zaid como causa y como efecto de la cultura mexicana contemporánea.

VIII

Acaso no sea un dato irrelevante la condición iconoclasta de nuestro autor. Es conocida su renuencia a la figuración fotográfica o televisada, su reticencia a hacer comparecer autor como actor, o como diría él: con todo y cadáver, en recitales y actos públicos, su cuidadoso deslinde entre cuerpo y palabra. Quien busque en hemerotecas y hemerografías alguna entrevista a Gabriel Zaid deberá fatigar mu-

chos ficheros antes de dar, por ejemplo, con las palabras que recogió Carlos Rubio Russell en el diario *Reforma* (22-V-1996) con motivo de la presentación excepcional en la Residencia de Estudiantes de Madrid de su libro *Reloj de sol*. (Más adelante, en este escrito se reproducen algunas declaraciones del poeta vertidas en esa ocasión.)

Si el poeta supo reunir en un momento dado su obra lírica bajo el lema y título de *Cuestionario*, él mismo –hay que reconocerlo– está más inclinado a cuestionar que a ser objeto de encuestas y preguntas. En el seno de la dictadura de los medios masivos de comunicación que reproducen y banalizan hasta la saciedad voces, bul-tos y figuras que dicen sin decir parecería sana y aun significativa esta posición política en torno de la reproducción de la propia imagen y la propia palabra oral. Gabriel Zaid no está solo en esta reticencia: el escritor y teórico francés Maurice Blanchot, el cuentista y narrador usamericano J. D. Salinger, el novelista usamericano Thomas Pynchon, han sido otras figuras influyentes de la cultura igualmente reacias a la figuración y a la participación en esa falsa vida que es la vida virtual.

IX

La reticencia ante los espejismos iconográficos de la vida –y sobre todo de la vida literaria y cultural– contrasta con los valores de la convivencia y de la comunidad alrededor de las cuales Gabriel Zaid ha construido como poeta y como historiador y editor de textos poéticos (me refiero en particular a sus antologías y libros de crítica) una verdadera serie de máquinas deseosas de experiencia comunitaria. Esas máquinas editoriales (*Ómnibus de la poesía mexicana*, en particular) están construidas a su vez alrededor de un valor inicial: la lectura, la lectura solitaria o en solitario de uno o varios textos singulares. Esa lectura sólo se puede hacer desde la intemperie. Y aquí se toca un valor irrenunciable para la organización intelectual llamada Gabriel Zaid.

X

Aunque su formación profesional viene de esos saberes aplicados que son la ingeniería y las técnicas de la administración, desde muy temprano el joven Zaid ensaya lo que en apariencia parecía imposible: la conexión entre lo que C.P. Snow

llamó las dos culturas –la humanística y la técnico-científica–. Esa conexión, desde luego, no era ni es bien vista por los monopolios del saber, por esas instituciones del monacato laico que son las universidades, academias y escuelas politécnicas. Esta circunstancia restrictiva y negativa –la soledad intelectual y la concomitante falta de reconocimiento público– arrojarán a Zaid al ámbito abierto y expuesto de la intemperie –un ámbito preferido de los poetas (por ejemplo de R.M. Rilke) que él sabrá transvalorar hasta hacer de un espacio indeclinable de la creatividad intelectual, ética y estética–. Aunque ahora puedan florecer algunas publicaciones destinadas a interrogar su pensamiento y figura, hay que decir que hace veinte años el efecto Zaid en la cultura mexicana no era del todo perceptible. Ajeno a partidos políticos, a burocracias institucionales universitarias y a colegios profesionales, libre de los *ersatz* de la publicación y la promoción mediática, Zaid ha podido cultivar la convivencia desde la intemperie, la convivialidad desde la soledad, la búsqueda de una concordia superior inspirada en el reconocimiento y la superación de los particularismos y las discordias circundantes.

XI

Bien que en apariencia inexplicable y carente de precedentes o antecedentes, bien que raro –de tan sensato y normal– entre los raros, bien que ciudadano del mundo y en particular representante de un cristianismo católico ilustrado y moderno, Gabriel Zaid no es un huérfano ni un solitario solíptico, sino una inteligencia encrucijada, individuo que no sólo habita la intemperie y el claro del bosque, sino que los hace, los transmite, los lleva consigo como una ventilada sombra que todo lo que toca lo hace más nítido y claro, más accesible y comprensible. Viene Gabriel Zaid de las márgenes de un pensamiento que arranca de la poesía. (“Para mí todo nace de la poesía...”, le dice Zaid a Rubio Rosell en aquel diálogo de 1996) y desemboca en una ubicua reflexión plural.

No debe olvidarse que el título de su primer libro alude a Antonio Machado: *La máquina de contar*. El autor de *Juan de Mairena* acompaña a Zaid desde sus primeros pasos. Pero Zaid, más que citar, propende a encarnar y transmitir, a recrear más que a seguir la corriente no siempre corriente y muchas veces estancada de este o aquel vasallaje doctrinario. Zaid no cita a Antonio Machado: lo conjuga; no repite

a Ivan Illich o a Octavio Paz –dos presencias importantes en su quehacer reflexivo y poético– sino que se embarca con ellos hacia polos críticos afines; no copia a Max Weber o a Louis Dumont sino que los ejecuta en un sentido musical; no sigue a Sören Kirkegaard –otro polémico cristiano seductor de las ideas– ni a Nietzsche sino que parece a veces entrañarlos y olvidarse en ellos. En términos poéticos, es decir en el origen, Zaid se descubre en Antonio Machado y en Gerardo Diego, en Carlos Pellicer y en Octavio Paz, en José Gorostiza y en los cancioneros tradicionales. Se descubre a sí mismo en ciertas voces de la Biblia, como *El cantar de los cantares*, Sócrates y, desde luego, en el espejo de la observación y la autoobservación. Pero lo que importa no es la cantidad o calidad –la rareza– de las citas sino lo que hace con ellas: espacio para la conversación y la comunicación recíproca.

Esa necesidad apremiante de espacio ha nacido en un tiempo y en un lugar precisos: el de un mexicano excéntrico que nace en Monterrey y luego se (auto) educa en una ciudad de México donde la distribución social del saber no es tan irregular y hay una suerte de mapa de las ideas y donde florecen alrededor pero al margen de las universidades y colegios revistas como *Diálogos*, dirigida por Ramón Xirau, y *Plural* y *Vuelta*, dirigidas por Octavio Paz y animadas por agentes como él mismo y los escritores de la generación que luego compondrá *Plural* y *Vuelta* (Alejandro Rossi, Tomás Segovia, José de la Colina, Juan García Ponce, Salvador Elizondo, Julieta Campos).

XII

La convivencia de la cultura de la letra y la cultura de los números le permite a Gabriel Zaid enfocar como ninguno la cuestión del libro y su reproducción desde ángulos sorprendentes. No le tiene miedo a los cálculos ni se queda en ellos. Tampoco le teme al idioma de los negocios, aunque no se agota ni en su lenguaje ni en sus significados. En uno de los ensayos de *Los demasiados libros* (libro plural, ensayo en movimiento que es el mismo y es otro a lo largo de sus ediciones y traducciones desde 1955 hasta 2004), Zaid recuerda que la palabra comercio no limita su sentido al ámbito mercantil. Paul Valéry, Valery Larbaud y Jean-Paul Fargue fundaron y codirigieron –predicando con el ejemplo– una revista de literatura llamada *Commerce*. Comercio es sinónimo de conversación, y esta palabra es una de

las más asiduas en la prosa de Zaid. El aumento o crecimiento de la cultura sólo se puede medir realmente a través del crecimiento del interés de y en la conversación. Y Zaid sabe que en una buena conversación los interlocutores saben respetar los silencios y oír, escuchar. Puede inventarse una máquina de cantar –como se le ocurrió alguna vez a Antonio Machado y a no pocos inventores de la edad moderna–. Pero resultaría imposible inventar una máquina de oír y escuchar en la medida en que la atención inteligente no admite procesos de mecanización. Pero un oyente entrenado, un avisado y alerta escucha –todo ojos, todo oídos– ha de estar atento a las variedades de la mecanización acústica y discursiva. Para ningún lector será una sorpresa que este sea uno de los motivos que campean por la obra del poeta-ingeniero (variedad localizada en el tiempo del poeta-filósofo). Si la Creación misma admite una tabla periódica que explaye los elementos de su composición química, ¿no es previsible que –para empezar– la creación llamada poesía sea susceptible de una variedad de formalizaciones (métricas, rítmicas, simbólicas, analógicas, prosódicas, gramáticas, etcétera)? Zaid no ha escrito ninguna retórica, “Defensa de la poesía”, como P.B. Shelley, ningún alegato a favor de la poesía –como lo pudo hacer, por ejemplo Octavio Paz en *El arco y la lira*, ese libro que participa del poema y del manifiesto escrito “desde la otra orilla”–. Pero cada uno de sus libros de crítica literaria, cada uno de sus ensayos en torno de la historia de la poesía mexicana pone en juego una “poesía en la práctica” –para decirlo con su fórmula–. Así sienta elegante y eficazmente los reales de un espacio por venir y acaso ya presente donde la crítica y la conversación son posibles.

XIII

El lector pertinaz y el curioso impertinente son variedades de una misma silueta ávida y polémica. En cuanto figura pública, Gabriel Zaid ha sabido mantener una órbita polémica que lo mismo ha tocado asuntos de lírica práctica que cuestiones asociadas con la moral y el oportunismo político (su polémica con Carlos Fuentes en *Plural*), que cuestiones relacionadas con el efecto legitimador de tal o cual medida monetaria (la polémica con E. Turrent sobre la inflación y la política monetaria en la época de Miguel de la Madrid Hurtado), o que asuntos asociados a la guerrilla y a las matanzas de indios misquitos en Nicaragua (en *Vuelta*), con la

condición libresca de las guerrillas latinoamericanas, o sobre la necesidad de que el Estado no imponga cargos fiscales al libro. En todas estas polémicas se puede encontrar un común denominador: el respeto del polemista ante el discurso impugnado como un requisito para seguir la polémica. Por eso, incluso, si no se está siempre de acuerdo con él, la lectura de las polémicas de Gabriel Zaid –lamentablemente no destinadas a alojarse en libros– resulta civilmente edificante. Pero, ¿en qué escuela, en qué universidad, en qué instituto escolástico se podría estudiar la poliédrica figura de este poeta-crítico y protagonista sigiloso pero eficaz de los diversos discursos convergentes en la república cultural mexicana?

XIV

Las operaciones de la crítica son, como las del alquimista, la disolución y la coagulación, y un crítico verdaderamente creador se distinguirá por su capacidad para inventar nuevas (di)soluciones y cristalizaciones para dar forma a nuevas constelaciones intelectuales. A lo largo de su obra, pero muy en particular a partir de los ensayos sobre Ramón López Velarde y sobre los *Tres poetas católicos* (Ramón López Velarde, Carlos Pellicer y Manuel Ponce) Gabriel Zaid ha dado nuevo brío y consistencia a la tradición de la cultura católica en México. ¿Es posible ser católico y ser moderno? ¿Se puede ser creyente en un mundo secularizado? Gabriel Zaid responde afirmativamente estas preguntas, a las que la hipocresía positivista suele sacar el bulto.

Aunque durante los tres siglos de la Colonia española en América México fue un país católico, la ruptura con el orden virreinal heredado fue tan clamorosa –aunque quién sabe si tan honda– que el siglo XIX mexicano se dio como un ciclo de secularizaciones y reformas progresivas y aparentemente irreversibles. A partir de la derrota de los militares franceses, belgas, argelinos y aun canadienses en México por parte de las tropas leales a la república de Benito Juárez –la República Restaurada, como la llamó Daniel Cosío Villegas–, se instauraría en el orden literario y poético un canon, si bien tolerante, decisivamente liberal y, muy pronto, con la segunda generación del porfirismo, positivista, secularizante a ultranza. A la hora de hacer crisis el modelo monocrático impuesto por Porfirio Díaz, la sociedad mexicana –que nunca había dejado de ser una entidad católica– busca, a veces a ciegas, a veces a tuertas, un modelo de ciudad democrática civilista que por

un momento parece encarnar el presidente iluminado que fue Francisco I. Madero. Alrededor de este espiritista ejecutivo se congregan escritores provenientes de horizontes diversos pero que comportan en última instancia una clara filiación católica, como el poeta Ramón López Velarde, quien morirá, como se sabe, precozmente. López Velarde deja una obra poética innovadora, a la par vanguardista y tradicional, católica pero escrita al filo de la (auto)crítica más exigente. Deja no sólo una obra poética tersa, secreta y abismal sino, además, una trama de símbolos diurnos y nocturnos en los cuales habrán de reconocerse y reconciliarse las naciones mexicanas surgidas después de la Revolución: *La suave patria*. López Velarde no sólo era una flor tardía del modernismo literario hispanoamericano, también encarnaba otro modernismo –el de las instituciones católicas que a finales del siglo XIX y a partir de la encíclica *Rerum Novarum* que buscaba actualizar a la institución eclesiástica al socaire de los tiempos modernos–. Se cuida y nos cuida Gabriel Zaid de leer los poemas como actas judiciales. Así, por ejemplo, rectifica el juicio, reforma el entendimiento torcido de un lector intencionado como puede serle Emmanuel Carballo, quien en el contexto del centenario del natalicio del poeta Ramón López Velarde salió a acusarlo de retrógrado y reaccionario. La nota polémica de Gabriel Zaid (“López Velarde, reaccionario”, *Unomásuno*, 11 de junio de 1988, luego recogida en *Tres poetas católicos*) es ilustrativa del método historiográfico de Zaid y deja ver con nitidez la armadura de la inteligencia convergente o encrucijada propia de su pensamiento.

La lectura que hace Zaid de la poesía de Ramón López Velarde es contundente, escrupulosa y honda, y no ha dejado ni dejará de tener consecuencias en la recepción de la obra de este singularísimo e imprescriptible autor mexicano cuya originalidad fue reconocida de inmediato fuera de nuestras fronteras por autores como Jorge Luis Borges –quien se sabía de memoria varios de sus poemas– y Silvina Ocampo –quien incluso llegó a imitarlo en su poema “Novedad de la patria”–.

XV

Otro rasgo de la personalidad intelectual de Gabriel Zaid estriba en su distancia del mundo de la novela, el cuento y en general la ficción que alimentan sustancialmente –como supo apuntarlo hace tiempo Etienne Gilson en su libro sobre la

industria cultural dirigida a la sociedad de masas-. Entre el poema y el pensamiento, entre el verso y el ensayo, su obra prefiere ahondar y documentar las “ficciones” derivadas de la historia real –como puede ser el asesinato del poeta guerrillero salvadoreño Roque Dalton por Joaquín Villalobos, un compañero de armas, a la sazón “máximo dirigente militar del Ejército Revolucionario del Pueblo”–.²

XVI

Poesía, crítica literaria y editorial, crítica de la economía política, sociología de la cultura, polémica, historia e historiografía son las diversas estribaciones en que se declina la orografía intelectual de Gabriel Zaid. Cabe preguntarse si este conjunto de ideas forma o no un sistema o si su discurso comporta un método. No es Gabriel Zaid el primer poeta que ha sabido abrir su mente a la historia, la política y la economía. Ahí está el caso ilustre de un Ezra Pound que no tuvo reticencias para abrir las puertas de sus *Cantos* a la crítica de la economía política con una mirada miscelánea donde conviven la historia del arte y la económica envueltas en un poderoso aliento lírico. Zaid declina sus verbos de una manera distinta: el aliento prístino de la inspiración poética no se ayuntará en apariencia con la entraña más compleja de la crítica económica y política. En el orden poético Zaid no se dejará atraer por la tentación épica, aunque ello no le impedirá escribir algunos versos limpios con corrosiva intención política. Sin embargo, su pensamiento y su sentimiento y aun su sentido se irán distribuyendo en y orientando hacia la “crítica del mundo cultural” y la “crítica social”, para acudir a los rótulos que ha impuesto a las obras de esta índole que ha escrito.

Con este razonamiento, quisiera subrayar en la ingeniería simbólica y conceptual de Gabriel Zaid la voluntad de deslindar para ejecutar mejor los movimientos de una partitura intelectual que, si bien, por el momento, no podemos arriesgarnos a llamar un sistema filosófico –en la medida en que lo cohibe la escolástica diplomada: uno de los objetos axiales de la crítica de Gabriel Zaid–, sí es preciso decir que enuncia y denuncia unidad orgánica, orientación a la vez íntegra en muchos frentes y facetas.

² Gabriel Zaid, *De los libros al poder*, p. 164.

XVII

Aunque conozco a Gabriel Zaid de oídas y leídas desde hace varias décadas, lo he visto sólo unas cuantas veces –en comparación con otros escritores–. Hace años nos citamos en una cafetería anexa al Palacio de Hierro de la calle de Durango. Conversamos larga y dilatadamente. Recuerdo su vivacidad, su entusiasmo, su agilidad mental, su falta de ceremoniales inútiles y, a la vez, su tacto, su comedimiento y discreción. De aquella conversación evoco no tanto sus palabras como su actitud atenta, avispada, sensible al vuelo de una mosca o a la caída imprevista de una cuchara. También viene a mi mente una sensación de plenitud y ¿por qué no decirlo? de felicidad y de curiosidad: ¿de dónde venía Gabriel? ¿Quién era? El tiempo me fue enseñando que se trataba y trata de un hombre feliz, de un lector feliz como hubiese deseado Mark van Doren, el autor de *The Happy Critic*, de un crítico que entraba a los libros y a las obras para explicarse a sí mismo y a los demás cómo funciona un poema, cuál es la fisiología –o patología del mercado– y no tanto para fastidiar y echar moscas en la sopa de los demás. Esta impresión se fue profundizando a medida que lo leía y leo: ¿cuánto y cómo no se ha divertido y ha logrado Gabriel Zaid montando y desmontando sus máquinas de cantar y de pensar? No hay en su pensamiento acumulación, participio pasado ni menos perfección pretérita. Todo en él parece nuevo y a punto de empezar. Es, en definitiva, si no un escritor infinito, si un autor infinitivo donde la animación y el viaje siempre están a punto de comenzar o, a sabiendas, en pleno albor de actividad. En él, hasta los tiempos condicionales parecen infinitivos o gerundios.

XVIII

No sólo es nuestro autor un heterodoxo inclasificable, como señala Eduardo Mejía en la reciente *Antología general* (México, Océano, 2004) que miniaturiza con exactitud el país intelectual e imaginario fundado y habitado por Gabriel Zaid.

Zaid es, además, un adelantado que va sembrando banderas nuevas en nuevos o viejos territorios. Por ejemplo, la idea de que el Estado puede ser visto como una empresa es al concluir el 2004 un lugar común de la prosa sociológica, pero cuando la lanzó Zaid desde *Plural* a principios de los años setenta en su co-

lumna “La cinta de Moebius” podía parecer ocurrencia intempestiva de un inventor municipal. Como éste, se podrían multiplicar los ejemplos y casos de la forma en que el reloj solar de Gabriel Zaid sabe no sólo dar la hora justa en el orden nacional, sino también señalar con impaciencia de minuterero las horas del conocimiento que el proverbial aislamiento mexicano e hispánico señalará años o décadas más tarde.

XIX

ANEXO ENTREVISTADO. “VALE MÁS LA PENA HABLAR DE ARTES”,
ENTREVISTA A GABRIEL ZAID POR CARLOS RUBIO ROSELL³

¿Cómo alterna y delimita los géneros que frecuenta –el ensayo, el artículo periódico y la poesía– en cuanto a la intención temática al escribir?, se le preguntó.

“Para mí –respondió– todo nace de la poesía, no porque deba nacer sino porque en mi caso así ha sido. El punto de partida, el centro, ha sido siempre la poesía. Es más, a mí me costó mucho trabajo llegar a escribir artículos porque yo los quería hacer como poemas; es decir, les dedicaba el mismo tiempo que nadie dedica a hacer un artículo. Por otra parte, todos podemos ser creadores en todos los ámbitos de nuestra vida. Pero no es fácil, así de sencillo. Y lo único recomendable es atenernos a las tradiciones de esto y de aquello y dejar una zona que es en la que estamos trabajando. Lo demás queda en una especie de zona gris.

“Cuando empecé a escribir artículos para la prensa, para mí estaba claro cuál era el cartabón de los artículos y que eso no me interesaba, yo quería realmente hacer otra cosa, me costó trabajo y de hecho yo, por razones circunstanciales de la crisis que hay en México y que de pronto no tanta gente opina y dice con mucha claridad ciertas cosas, pues he tenido muy buena suerte en los artículos y una cantidad de solicitudes de que escriba dos veces a la semana. Yo nunca he podido, yo hago un artículo al mes, no puedo hacer más. Me cuesta mucho trabajo.”

³ “Vale más la pena hablar de artes”, entrevista a Gabriel Zaid por Carlos Rubio Rosell en *Reforma*, sección de cultura, México, 22 de mayo de 1996.

Desde su perspectiva de poeta, ¿qué puede decir del estado de salud de la poesía mexicana?

“La poesía en México ha estado bien en varios momentos a lo largo de los siglos. Estuvo bien desde luego en los tiempos indígenas, hubo poesía muy interesante en la Nueva España en la época barroca; en el siglo XVIII y XIX no fueron realmente interesantes, el romanticismo mexicano fue tristísimo, la ilustración también; hacia fines del siglo XIX empieza a haber cosas interesantes con los modernistas. Y desde entonces para acá, ha habido un siglo completo extraordinario, de un gran desarrollo y que se ha sostenido y sobre lo cual yo he reflexionado, si está garantizado que dura, y no creo. Porque uno nunca sabe cómo empiezan ni cómo terminan los siglos de oro.

“Es una pregunta muy válida que no se han hecho los historiadores de la cultura, ¿por qué de pronto aparece simultáneamente una serie de compositores de música, de filósofos, de poetas o de novelistas extraordinarios, y de repente hay un momento de vacío? Eso valdría la pena estudiar. Sospecho que tienen que ver, los momentos de auge, con mutuo estímulo. O sea, cuando uno se alegra de lo que hacen los demás y le dan ganas de hacer más cosas, eso va cundiendo y se hacen cosas muy notables. ¿Cómo se produce el derrumbe? Eso no está nada claro para mí. Yo pienso que ahora, en la poesía mexicana, si se viniera abajo, tendría que ver con el oficio, porque talento hay muchísimo. Ahora es posible hacer ciertas carreras culturales que antes no eran posibles, han aparecido doctores en letras. Antes los bohemios en las cantinas hacían unos sonetos perfectos; ahora los doctores en letras no saben hacer sonetos. Eso me deja estupefacto. Por ahí podría venir el derrumbe, si viene. Pero nunca se sabe cómo funciona.”

Zaid recordó a Descartes, quien estuvo en contra de la escolástica de su tiempo.

“Nunca citaba a nadie, nunca usaba títulos o credenciales. Yo creo que lo que ha atrofiado a la literatura ensayística es todo este mundo universitario y de los especialistas que hace sentir que la única manera de pensar es a partir de ciertas especialidades, que sólo los técnicos saben. En primer lugar no es verdad. Yo conozco a una cantidad de licenciados, maestros y doctores que son unos burros.

“Y aun en cosas muy técnicas. Por ejemplo, para hablar concretamente de la economía mexicana, ésta estuvo bien hasta que los economistas no llegaron al

poder, porque antes la manejaban los abogados y estaba razonablemente bien. En cuanto llegaron los economistas se arruinó todo. Y esto ellos no lo entienden, han perdido esta dimensión de lo común, de la participación, y así todo se ha vuelto una especie de saber de cofradía en la que se está avisando que uno leyó o sabe ciertas cosas, pero que no resuelven el problema concreto. Y los problemas de la vida nunca son unidimensionales. Entonces no hay manera de que una especialidad domine tan completamente algo que resuelva las cosas”. ❧